



**V CERTAMEN DE RELATO BREVE 2022**

## **RELATOS PREMIADOS**

**DALE  
UN  
GIRO  
ATU  
VIDA**



**V CERTAMEN DE RELATO BREVE 2022**

Edita:

Colegio Oficial de la Psicología de Madrid

Cuesta de San Vicente, 4, 6ª planta

28008, Madrid

[www.copmarid.org](http://www.copmarid.org)

Depósito Legal: M-26961-2022

ISBN: 978-84-124029-5-7



## V CERTAMEN DE RELATO BREVE 2022

Paso a paso, hemos llegado al primer lustro de este concurso literario.

En esta convocatoria se ha modificado uno de los elementos, no respecto de la naturaleza del relato breve, sino a la inclusión de un premio económico para el ganador o ganadora del mismo. La respuesta de los colegas para participar no se produce por este refuerzo, pero es un incentivo más.

Felicitaciones para todos los participantes, especialmente para los ganadores y ánimo para participar en las próximas convocatorias.

**María Antonia Álvarez-Monteserín Rodríguez**

Presidenta de Honor del Colegio Oficial de la Psicología de Madrid

# PRIMER PREMIO



V CERTAMEN DE RELATO BREVE 2022

# NECROLÓGICA DE UN AGUACATE

César Augusto García Beceiro

Y para terminar, voy a darles, sin afán de entretenerles demasiado, unas instrucciones muy claras y muy prácticas sobre cómo pelar un aguacate. Verán que no es difícil.

**Primero:** coja un aguacate bien maduro, en su punto, jugoso, lo reconocerá por el característico color marrón oscuro y cómo cede ligeramente al tacto cuando se hace presión sobre su carne.

**Segundo:** córtelo por la mitad, trazando una línea de forma longitudinal con ayuda de un cuchillo.

**Tercero:** a estas alturas ya habrá imaginado que todo esto es una maniobra distractora, una pantomima. En el intervalo de tiempo en que escuchan estos sencillos pasos mi tía Cari morirá en la salita comedor. Y se lo merece, la muy hija de puta.

Para qué quiere dos pisos en el centro y una cuenta corriente, que le ponen literalmente una alfombra cada vez que pisa la sucursal, para qué. Pero de todo lo que acumula, de todo lo que acumula, lo que más rabia me da es su colección de películas. Viejas y modernas.

Miles, cientos de miles, millones, si la filmoteca se enterara se la compran o se la expropián. No las ve. No las presta. No las quiere, ni le gusta el cine. Pero las acumula y las clasifica como si fueran su tesoro. ¿No vieron al entrar todas esas estanterías hasta el techo? Pues tiene decenas de cajas en el sótano.

Si miran ahora con disimulo, verán que esa vieja desdentada se ha quitado la mascarilla de oxígeno por un momento (sufre una EPOC galopante y a pesar de ello fuma, es de hierro). Y está engullendo una papilla de frutas que yo mismo le he preparado.

**Cuarto:** el sonido torpe de su boca deglutiendo la papilla me pone enfermo. Me recuerda al sonido que hacía, como relamiéndose las encías, cuando venía a casa algunas noches, solo aquellas en las que su hermana –mi madre–, tenía el turno de noche y mi padre nos decía: salud a la tía Cari, ha venido a estar un rato con vuestro padre, no digáis nada a mamá, no hace falta que se entere de todo, será nuestro secreto. Y la tía Cari, apoyada en el quicio de la puerta, nos miraba y hacía ese sonido asqueroso una y otra vez.

Subían el volumen de la tele, nos mandaban a la cama y mi padre empezaba a tocarle el culo y hacer todo tipo de garradas sobre el sofá de escay verde; ese escay del que no hay manera de despegarse, y te deja la marca de las costuras y los botones cuando dormías la siesta sin camiseta en aquellos interminables y calurosos veranos escolares.

**Quinto:** disimule ahora, por dios, no sea tan descarado, tranquilícese que va a sospechar; separe el aguacate en dos mitades, ya queda poco. Para ello gire cada mitad en sentido contrario a la otra con la ayuda de las manos.

La muy zorra jugaba muy bien su papel de beata. La primera en comulgar, la primera en dejarse ver dándole limosna a Octavio a la salida de misa, la primera en derramar lágrimas cuando sacaban a la virgen de las Angustias. Y la primera en entrar en la cama de mi padre cuando mi madre salía por la puerta.

Al morir mi madre, no tardaron en vivir juntos ni diez meses, ni un decoro, ni el luto del año. Para qué esconderse si en las ciudades pequeñas todos saben lo que hay. Nos mandaron a un internado, de lunes a viernes, a mi hermana y a mí. Se ve que estorbábamos.

Los sábados nos daba capones si la llamábamos tía Cari. La muy cerda quería que la llamáramos mamá. Mi hermana tragó rápido pero conmigo no pudo. Los daba apretando mucho el puño, tanto que se le quedaba agarrotado como un muñón, como un garrote, y se cansó.

**Sexto:** clave el cuchillo en el hueso y retírelo, ¡vamos!, tire con firmeza, insista, ¡no se desanime, hombre!, que hay que echarle fe. Pocos saben que el aguacate es una fruta, como otras que la gente cree que son verduras, pero no, el tomate, el pepino, la calabaza y la berenjena. Qué absurdo, ¿no? Desafortunadamente la tía Cari padece una alergia severa al aguacate.

Tuvieron que llevarla al hospital siendo muy niña, casi la palma: disnea, dolor abdominal y vómitos. Debía de estar asfixiándose como pez fuera del agua. No volvió a comer uno. Hasta hoy.

Desafortunadamente la papilla lleva un mango, zumo de naranja y dos aguacates pequeños, ya dije que es una fruta, fresquísimos, muy buenos, de la costa de Granada. Siempre tenga en cuenta el género.

**Séptimo:** ya se oyen sus bocanadas al final del pasillo como dentelladas secas aferrándose a la vida, los silbidos, las toses, arañando el faldón de la mesa camilla, qué fatalidad, tendré que ensayar alguna cara contrita, la culpa, la culpa, ¡ay, cómo ha podido ocurrir, cómo ha podido, si era mi segunda madre, qué desgracia más grande! Las lágrimas rodarán calle abajo hasta la plaza.

Piense que la EPOC nos echará una mano, hará que la anoxia llegue antes, y a partir de ahí, en dos o tres minutos a lo sumo, el corazón fallará.

**Octavo:** saque la carne adherida a la piel rugosa, rebañándola, utilizando para ello una cuchara y córtela en tiras o en daditos, como prefiera, dependiendo del plato que vaya a preparar. Y ¡voilà! Listo. No entraña dificultad.

Permítanme que no los acompañe a la salida. No, no hace falta que se despidan. Prefiero ahorrarles la imagen desagradable de la salita del fondo. ¿Ven? ¡Qué silencio! Ya les dije que sería rápido.

Yo aprovecharé para bajar al sótano. En alguna caja, clasificada en la sección de intriga tendrá sepultada «Luz que agoniza», un clásico en blanco y negro. Desclasificada. Llevo años rastreándola por internet y nada. Era la favorita de mi madre. No saben las ganas que tengo de volver a verla.

# SEGUNDO PREMIO



V CERTAMEN DE RELATO BREVE 2022

# ALBA

Robert Fernández García

Va a salir el sol y llevo horas despierto. Esperaba este día desde que el primer hombre habitó la Tierra y supo su destino. No logro recordar cuándo no le daba importancia a dormir y a tantas otras cosas que todavía conservaba. Cómo cuesta apreciar lo que no sabemos con certeza que algún día acabará. Y todo y sabiéndolo...

Tal y como figura en el programa oficial, a las once cero-cero de hoy se inician las inoculaciones retínicas vía iris. A las once y quince minutos, una vez verificada la descarga en un tercio de la población, mediante el fenómeno de la difusión cuántica entre miembros de la misma especie, la humanidad será inmortal.

Lo descubrí una noche de agosto. Habíamos celebrado mi quinto cumpleaños con tarta y velas. Eran cerca de las doce y hacía ya un tiempo que sostenía con un esfuerzo titánico los ojos abiertos ante la televisión, en una de esas treguas que la educación concede a los niños en verano. No fueron más de uno o dos minutos, pero todo lo que hasta ese día había sido el mundo de un niño desapareció para siempre. Mis padres estaban a menos de dos metros, en la terraza contigua al salón estar. Recuerdo girarme hacia ellos presa del pánico, verlos y oírlos hablar tras el cristal y no ser capaz de moverme ni decirles nada. Desde esa noche me persigue día y noche y no duermo esperando este día.

El tiempo pasa despacio y el sol se resiste a salir. Las siete treinta, las ocho, las ocho y cuarto, y media, las nueve. Falta luz.

Ya son las diez. En una hora pueden pasar muchas cosas. Sería mala suerte morir a las puertas de la eternidad. Siete mil almas abandonarán este mundo desde este preciso instante hasta las once, las personas que dejaron de respirar cada hora en la Tierra en el último año.

¿Qué haces despierto tan temprano?

Alba no tiene problemas de insomnio. Si fuese por ella renunciaría, envidio su valor.

¿Temprano? Si son las diez.

¿Las diez? Pero si es casi de noche...

Hace tres semanas, en un banco del parque contiguo al palacio Topkapi, se puso a llorar. Yo tenía migraña por la falta de sueño típica de los viajes guiados y la besé en la mejilla mientras la abrazaba. Aproveché para preguntarle por milésima vez susurrándole al oído si iba a soportar la idea terrible de no perderme nunca de vista. No me esperaba sus lágrimas, a las que reaccioné aumentando de un modo reflejo la fuerza de mi abrazo. Las recuerdo frías y nítidas, como las de los niños antes de los cinco años, antes de aprender a jugar con ellas.

A la semana del descubrimiento, desde la OMS plantearon lo del referéndum. Ganó el Sí por ligera mayoría. Por ley, nadie dejará este mundo por muerte natural a partir de las once quince de hoy. Solo faltan quince minutos. Habrá que encender la luz para garantizar la inoculación, sería peligroso un error en las descargas.

Haz lo que quieras, ya sabes lo que opino. ¿De verdad quieres vivir eternamente?

Nunca respondo cuando me lo pregunta. Tampoco ella cuando yo le pregunto lo del parque. Yo callo para conservar la dignidad. Diría que ella por compasión.

Desde el principio hubo gente que receló de la inmortalidad. Mi madre fue una de ellas, aunque ahora es la primera que está a favor. Se llama Carlos, es uruguayo, viudo y está jubilado. Se conocieron a las cinco de la mañana a bordo de un globo multicolor el día de la Capadocia, cuando todavía amanecía. Regresamos de Turquía hace dos semanas y no hemos sabido nada de ella. Antes del viaje nos llamaba a mi hermana y a mí de madrugada a diario llorando y diciendo que se quería morir.

El día de la votación me quedé dormido después de comer y no me desperté hasta las 20:15. Alba, sabedora de mi deuda eterna con el descanso decidió no despertarme (y de paso un Sí menos en las urnas). No hay día que no me reproche con sorna que yo, sin haber votado, veré cumplido mi sueño y ella, habiéndolo hecho, tendrá que someterse a la voluntad de otros. Siempre ha sido una rebelde, que es mi manera cobarde de nombrar su valentía.

Un minuto. François de la Rochefoucauld decía que la muerte es como el sol, no se les puede mirar de frente. El Dr. Yalom afirma que sí, que no solo se puede, sino que hay que hacerlo para vivir plenamente. Alba, además, afirma que nunca nada ni nadie nos importa del todo hasta que vislumbramos con claridad su final, y que una vida sin fecha de caducidad no sería vida. Yo solo sé que me ahoga la idea de, algún día, no verla más.

Ya te lo he dicho muchas veces, nunca serás feliz si huyes de la verdad.

Alba me lo repite a diario desde la noticia del hallazgo y el sí en el referéndum, cada vez que le saco el tema. Dice que no duermo porque no quiero morir, que vigilo en lugar de vivir. Nada me gustaría más que tener su coraje y sus ganas de vivir, pero el miedo gobierna mis días y mis noches desde la media noche de aquel sábado de agosto, en silencio y solo ante mi destino a menos de dos metros de mis padres. Aunque ella insiste en que no es así, prefiero pensar que la inmortalidad me devolverá la paz y las ganas de vivir.

Las once y dieciséis. Juntos para siempre. Tal día como hoy de hace tres semanas estábamos en Turquía en el parque, junto al Palacio Topkapi veo que te acuerdas... no me respondiste.

Lo hace a menudo, tanto puede saber qué pienso sin yo hablarle y contestarme como no responder cuando le pregunto. ¿Cómo iba a dormir sabiendo que algún día no estaríamos juntos?

Alba. Alba

Qué

¿Qué miras?

¿Has visto eso?

¿El qué?

No amanece.

# TERCER PREMIO



V CERTAMEN DE RELATO BREVE 2022

# LA CAÍDA

Andrés Sampayo Salgueiro

FIN

Si Pablo hubiese salido cinco minutos antes la chica lo habría aplastado: sesenta kilos a los que añadir una mochila de decepción y desengaño. Corrijamos pues, doscientos sesenta kilos. Hay que cuantificarlo todo. La calle notó el golpe.

Los vecinos se aproximaron a mirar la cara desfigurada de la muchacha. La sangre se desplazaba pausadamente por la acera mientras el espanto se apresuraba de bar en bar, de comercio en comercio, de tienda en tienda, de neurona en neurona: torbellinos de sinapsis. Alto. Cortocircuito. Pablo es psicólogo. Pero ella no era su paciente.

El camarero, que sí era camarero de ambos, le dijo a Pablo que si la chica le hubiese caído encima cuando se disponía a salir de su consulta, el titular de prensa podría haber sido gracioso. Silencio. Pensamientos. Más pensamientos. Miradas. Más miradas... insostenibles, inexplicables.

OCTAVO

El examen de oposición me importa una mierda, papá. Eso no va a arreglar nada. Estoy harta de vivir la vida que tú quieres. No quiero hablar de mamá. Mamá me odia, eso ya lo sé. Pero da igual, tú la defiendes. Ella te machacaba.

Al final te hartabas y le respondías, como me pasa a mí, ni más ni menos. Luego la insultabas. Y yo te abrazaba llorando.

Me acariciabas la cabeza y le decías indignado: “¿ves lo que provocas?” Y yo la miraba con odio para corresponderte. Después el silencio.

El misterioso y terrible silencio. Y la reconciliación. La madrugada. Perdona cariño. La habitación. Escucho el ruido del cinturón cayendo al suelo. Y yo cayendo con él. Escucho vuestros gemidos apagados. Y yo apagándome con ellos. Escucho la cama crujir. Y la que cruje y se parte en dos soy yo. Mamá grita (la muy puta quiere que la escuche). Yo no puedo gritar. Mi grito es mudo. Papá se corre. Yo no puedo correr.

## SÉPTIMO

Lo veía por el barrio algunos fines de semana. Su familia materna vivía en la casa de enfrente. Una carretera semidesierta y mal empedrada separaba nuestros mundos; al fin y al cabo un sinfín de ausencias y de baches, como cualquier otra relación humana.

Una vez me contó que con cinco años presencié cómo su abuelo Agustín mataba al conejo que él más quería para después colgarlo de un gancho atravesándole los genitales. Aquel día la angustia de castración pasó de ser un concepto freudiano a una amenaza terrible y real.

Poco antes, Dani, mi futuro novio y que por aquel entonces empezaba a dejar de ser un niño perverso polimorfo, había estado tocándose gustosamente cuando fue sorprendido y regañado por la abuela Dolores.

A la larga me acabó convenciendo de que ese episodio tenía algo que ver con sus cada vez más frecuentes ausencias. Me decía que si yo le regañaba por cualquier cosa, o le reprochaba algo, después no podía.

A mí lo que me parecía es que si no venía era porque no me deseaba. O no lo suficiente. Y si no te desean te abandonan. La semana pasada, antes de la gran bronca (¿o fue después?) pasó otra vez.

## SEXTO

Me enamoré de él sin saberlo, aunque en realidad nunca supe cómo una sabe que está enamorada. Sé que necesitaba tenerlo a mi lado todo el tiempo. Y también sé que me cortaba por varias partes de mi cuerpo como una forma de adquirir control sobre el dolor de la ausencia.

Aquello me calmaba. Era como si la sangre que poco a poco iba emborronando mi piel le diera cierto sentido al más absoluto sinsentido. No sé si eso es estar enamorada... Recuerdo mi exultante alegría cuando aparecía por mi calle, algún sábado perdido, perdido entre la niebla que empezaba a disiparse, poco antes del mediodía, más o menos a esa hora en que mis abuelos regresaban del mercado desplegando una colección de olores irresistibles.

Salía del Alfa Romeo marrón que aparcaba su padre frente a mi casa, y mientras yo me llevaba a la boca el primer trozo de pan aún caliente que mi abuela acababa de darme, me miraba tiernamente. Yo me quedaba embobada y paralizada en la puerta, y él me sonreía. Después decía en alto mi nombre: "¡hola Clara!" Y en ese momento yo era la niña más feliz de universo.

## QUINTO

No quiero mamá. Qué parte no entiendes de lo que te digo. No me da la gana y ya está.

No voy a ir a la misa por la abuela. No tengo que darte más explicaciones. Lárgate de mi habitación de una puta vez que me estás agobiando. Deja de invadir mi puto espacio personal... Que te largues, ¡joder! ¡Fuera! ¡Sal! ¡Vete! ¿Es que no puedes entender por las buenas? ¿Ves lo que has provocado? Ahora me compras otro móvil, sí, la culpa es tuya. Me provocas para que estalle, ¿verdad? Y me lo compras ya, ahora mismito.

## CUARTO

Me habéis estado jodiendo toda la vida. Ahora me toca a mí. Te creías omnipotente... Como si te perteneciera. Como si fuese un apéndice más de tu asqueroso cuerpo. Hoy conoceréis el extremo opuesto: la impotencia absoluta. No me mato a mí. Os mato a vosotros. La única pena es no poder veros la cara dentro de un rato, cuando tengáis que reconocerme, desfigurada, rota, cubierta de sangre, en la acera.

## TERCERO

No soporto a este tipo. Me encantaría aplastarlo en mi caída. El periódico tendría un buen titular: "suicida aplasta al psicólogo que ya se iba a su casa". Qué hijos de puta son. Siempre con sus consejitos. Con sus moralinas. Con sus deberes. Con sus juicios.

Que si soy dependiente emocional, que si planteo relaciones tóxicas, que si tengo que ser más positiva... Ladrones.

## SEGUNDO

Allá voy... ¡Dios, qué he hecho! Ya llega. Mamá, ayúdame. No. Vete, no me ayudes. Ahí os quedáis. Ojalá sufráis lo que no está escrito. Ojalá no se acabe nunca vuestro dolor. Ojalá se haga eterna la presencia de esta ausencia insoportable.

## PRIMERO

Abuela, ¿estás ahí? ¿Me das un trozo de...

## PAN

**FINALISTA**



**V CERTAMEN DE RELATO BREVE 2022**

# COMUNIDAD DE UNA

Itsaso Siân Jones Oneca

Sus voces eran cada vez más fuertes y sus palabras llovían como cuchillos. Ella se limitaba a correr ladera arriba. Su aliento pintaba la noche formando pequeños bancos de niebla, como si sus huellas se alzaran hasta desaparecer en el cielo.

Podía ver a lo lejos el refugio. Por su silueta expectante en la entrada, imaginaba cómo una de las arrugadas manos de Hina se posaba sobre la puerta y la otra acariciaba al peludo Saar, su eterno acompañante, como solía decir.

Estaba exhausta. La idea de detenerse le perseguía igual que lo hacían aquellos gritos que no le permitían pensar.

Hacía tiempo que no visitaba el refugio. Llevaba meses inmersa en el ajetreo de la taberna, los quehaceres se multiplicaban junto con el éxito de su negocio. Los días amanecían y ella no recordaba uno solo en el que sintiera que el sueño la hubiera atrapado profundamente. Su mente iba tan deprisa como lo iban sus piernas en esos momentos de carrera.

Algunos días iniciaba el exigente día con la imagen de Hina, nítida, como si sus noches le hubieran trasladado con ella. Podía oler la lavanda seca junto a la chimenea, sentir el calor de Saar tumbado a sus pies... Pero la realidad era otra, en tres parpadeos todo se esfumaba y debía volver a la taberna, aunque su cuerpo se quejara.

Donde en un principio solo entraba ilusión, pronto se colaron otros sabores.

Pasados unos meses, los vecinos del pueblo pasaron a ser clientela fija, lo cual era muy positivo para el negocio. No así su compañía, en algunos casos. La simpatía se fue tornando pegajosa. Él siempre aparecía a última hora. Las paredes oscuras de la taberna empezaron a parecerle las de una cueva. «Es cosa mía» se decía mañana tras mañana antes de iniciar la jornada.

Todo empezó de una manera ferozmente sibilina. Una aparente complicidad, una confianza que se antojaba artificial a pasos agigantados. Ojalá hubiera terminado en esa amarga cercanía. Atrappeda en esa tela donde ella definitivamente no era la araña.

Hina aparecía en sus sueños cada vez con mayor frecuencia. «Debes venir», le dijo una noche con expresión preocupada. Qué más podía desear Lua.

Hina le comprendía, reconfortaba, guiaba... Sus piernas, agotadas por la inclinación de la ladera, de pronto experimentaron una energía casi imposible. «Un último empujón para llegar», se dijo.

Cuanto más cerca del refugio se encontraba, más fuertes parecían ser los gritos que corrían fieros hacia ella. «¡Es tu culpa!», «¡haberlo pensado antes!», «¡nadie te creerá!», «¡no era para tanto!»... Hina y Saar al fin estaban a pocos metros de ella. Alargó sus brazos para encontrar cobijo cuanto antes dentro del refugio. Pero no sucedió.

Cuando alcanzó la puerta, Hina cogió lentamente sus manos y las sostuvo unos instantes mientras la miraba con calma a los ojos. Lua, impaciente por entrar y encontrarse a salvo, la observaba incrédula. ¿Acaso no veía de lo que huía?

«Mírales» le susurró Hina con esa bondad en la sonrisa. No entendía. Sin embargo, quiso confiar en sus palabras, tal y como venía haciendo desde niña.

Tantos años recibiendo su sabiduría hacían sentir a Lua como si una parte de Hina se hubiera posado en su interior. Una semilla más de las que sembraba.

Sin soltar aquellas manos, Lua comenzó a girar su cuerpo pausadamente, como si necesitara asimilar poco a poco lo que iba a encontrarse. Necesitó parpadear varias veces antes de poder sostener lo que sus ojos veían.

Delante del refugio había un grupo de mujeres, curiosamente similares entre ellas, con diferentes semblantes. Todas observándola.

Lua, que esperaba recibir toda la ira con la que le venían persiguiendo, estaba frente a mujeres con rostros que reflejaban miedo, tristeza, culpa, asco, rabia...

«Vamos, habla con ellas» interrumpió Hina su asombro. Volvió a girarse para buscar respuesta en ella, quien asintió con la cabeza. Estaba en lo cierto, reconocía a aquellas mujeres.

Todas con distintos atuendos, expresiones e incluso edades. Pero el rostro de la misma persona: ella. Lua frente a todas las mujeres que era.

«A qué esperas? Invítalas a pasar». Sin duda para poder entender, necesitaba sus voces. Una a una fueron entrando al refugio. Para su sorpresa, Hina había preparado la mesa para todas ellas.

Saar fue el último en entrar, que fue directo a tumbarse en la alfombra de la chimenea, como solía hacer las largas noches de tertulia. Desde luego aquella iba a ser una. Tenía mucho que preguntar y sobre todo, mucho que escuchar.

De pronto un leve balanceo meció su cuerpo. «Llegas tarde a la taberna». Empapada en sudor y en lágrimas, abrió sus ojos brillantes y, todavía agitada, exclamó: «hoy la taberna no abrirá, tengo algo urgente que hacer». Dio un salto de la cama, se vistió y salió rápidamente. Tomó una dirección diferente a la que se había vuelto habitual: hoy se dirigía al refugio.

Camino arriba, gritó lo silenciado, lloró lo que había enterrado, agitó su cuerpo liberándolo de toda la tensión que venía petrificándola. «¡Hina!», gritó a escasos metros de la puerta, con lágrimas que intensificaban su sonrisa. Ésta no tardó en salir, junto con Saar, que también quería calmar su sorpresa.

Tan pronto como pudo Lua se lanzó a sus brazos, recibiendo alegres las patitas de Saar en su costado, que también quería formar parte de ese momento.

«Tengo mucho que contarte» dijo emocionada. «Ya lo creo que sí, vamos, pasa».

Ese día el refugio albergó todo lo vivido. Todo aquello que había estado sintiendo se acomodó al calor del fuego y las palabras tejieron el lugar que a cada quién le pertenecía. Lua, arropada como nunca, acompañada como siempre, recuperaría el que nunca nadie le tenía que haber quitado.

**FINALISTA**



**V CERTAMEN DE RELATO BREVE 2022**

# EL FIERECILLA

María Carbonell Martínez

He vuelto a dormir como el culo. Me desvelé a las dos y ya no ha habido manera de volver a enganchar el sueño. Otra nueva traición de mi tarro, venga a darle vueltas a lo mismo, sin poder parar esos putos pensamientos que van a conseguir volverme loco.

La funcionaria del turno de mañana me lo ha notado, me dice: “Tío, ¡hoy llevas unas ojeras de tres pares...!”

He empezado ya por la mañana a rayarme como nunca, qué lentos que me están pasando estos días tan calurosos, con este bochorno. En el talego la monotonía y el aburrimiento es lo que nos mata. Bueno... esto o la sarna, que tenemos otro brote, ¡joder!

Cómo echo de menos al Carlitos desde que se lo llevaron al departamento especial. Al final le acabaron encontrando el pincho hace quince días, algún chivatazo, seguro.

Era buen compañero de chabolo, el cabrón, se ha comido muchas mierdas que eran mías.

Al pirarse él, tenía la esperanza de poder estar algún tiempito, ni que fuera un par o tres días, solo y a mi bola en la celda. Tener algo de intimidad... ¡pero zas, eso es demasiado pedir!

Nuevo compañero, un gilipollas además de bocas que me acaban de encasquetar, que anda todo el día pavoneándose por el patio, amenazando a los chicos y también a los latinos y riéndose del Pecas, cuando recoge colillas por dondequiera que las encuentre para pasar el mono, el pobre.

Tampoco me ayuda estar emparanoiado con lo de Desi. En el último vis-a-vis, hablamos poco, aunque follamos mucho.

Mi cabeza me decía que la penetrara como si fuera la última vez que pudiera hacerlo. Creo que la dañé, pero ella no me dijo nada y yo no me atreví a preguntar. Preferí darle la espalda a mi sospecha e ignorar ese temor.

A decir verdad, también me daba pereza ponerme trascendental y hablarle de mi furia, que me preguntara acerca de sus orígenes, de cómo la canalizo y bla, bla, bla.

Últimamente, se ha convertido en mi nueva constante, evitar lo que no sé cómo afrontar, lo que en el fondo me viene grande, sudar de todo aquello que, aunque sea mío, no entiendo.

Soy un mierda... Escapar se erige últimamente en mi salida recurrente, quizás en homenaje a madre, que no pudo hacerlo y a quien dibujaron su destino entre algunos adultos que se creían con el privilegio y el derecho a decidir por ella.

Con once años, ¡venga, aquí tienes a tu futuro marido! ¡y aunque no le conozcas, quiérole mucho, ¿eh?! Hostia... Poco podía hacer para evitar la somanta de palos que mi viejo le daba cada vez que él volvía a casa sin haber encontrado trabajo, frustrado, con los ojos bien rojos de fumar y completamente borracho.

Yo tuve que salir de allí por patas, sin que sepa a día de hoy si eso fue un acto de cobardía o de heroísmo. ¿Qué importa esto ahora?

Saltar la valla fue mi única esperanza. Lo mío me costó... cuatro intentos fallidos previos y algo más que rasguños en brazos y piernas.

Cómo nos dieron de bien los putos maderos... Recuerdo como sangraba a borbotones cuando me rajé con la alambrada la tercera vez; la sangre salía mucho más rápido que en las ocasiones en las cuales, cuando estaba ya solo en aquel desangelado centro de menores, me daba por autolesionarme con bolis, chinarme con cuchillas para tratar de calmarme y aguantarme de no partirle la cara al primero que se me cruzara por delante. El fierecilla me llamaban allí, ya ves...

Ahora ya no hago esas cosas, quiero renegar de esas tonterías, pero estas marcas y cicatrices en todas las extremidades no van a desaparecer y me delatan. ¡Ay que joderse!

Lo que hago ahora es parchear, tratar de sobrevivir, supongo. Me resucito, si me hago un canutito que decía la canción. Y a veces algo más... pero ahora no voy a hablar de eso.

Solo espero acabar de pagar sanción por el último parte que me pusieron por la cara y poder salir al polideportivo, a respirar, a quemar, a desfogarme, a... ¡venga, que ya me quedan tan solo tres días!

Y hablando de días, hoy ha pasado algo... De repente, he oído que me llamaban desde el búnker a despacho, voy para allá y se presenta ante mí la que dice ser mi nueva educadora.

Me pregunta y desconcierta al mismo tiempo cuando me espeta, ofreciéndome una mirada fija pero serena y precisa “¿Cómo estás?” Joder, ¡cuánto tiempo desde que nadie me hacía una pregunta tan poderosa! Con un interés que me ha llegado genuino, he notado algo en mis adentros, una suerte de chispa. Quizás sea el inicio de mi nueva historia, el principio de un cambio...

## RELATOS PRESENTADOS AL CERTAMEN

Viejos conocidos  
Historia de una mudanza  
En algún sitio  
La caída  
Naufragio con espectadora  
Ratón de biblioteca  
Insomnio estival  
Neorológica de un aguacate  
Mente dividida  
Curso del 91  
Coraje de vivir  
Vivir  
Una madre más  
Un amor de cuatro patas  
Volver  
Cuenta con tu vida  
Con T de Terapia  
Eneueijada  
Alea iacta est  
Un sin techo dio un giro a mi vida en tiempos de pandemia  
¿Cómo se llega al cielo?  
Olivia  
Querida tú, querido yo  
Comunidad de una  
Un día de esos  
El vacío de tus cosas  
Fertilizante eficaz  
Un agujero en el alma  
Diario Vital  
La vida giró primero  
Las lentejas de mamá  
Tonos  
El arcoíris de mis emociones  
Las Voces  
Las gasolineras no son para el verano  
El fierecilla  
En ese mismo instante  
Te declaro... ¡Culpable!  
Cartas a Papá  
Con solo una mirada  
La vida no tiene edad  
Las tazas de la china  
Instantes  
Las hojas del olvido  
Cuaderno de Bitácora 2022  
Mismo día, misma hora  
Del otro lado  
Sueños  
Alba  
Las neuronas del tiempo  
Por fin  
Ultreia  
Positividad Tóxica  
Sofía

Alejandro Vilella Pérez  
Alfonso San Eugenio Martínez.  
Amanda Martín Bernabé  
Andrés Sampayo Salgueiro  
Antonio Hernández Díaz  
Carmen Sanz Chacón  
Carmen Gómez Rivas  
César Augusto García Beceiro  
Conchi Gil Atienza  
Daniel Muñoz Marrón  
Elena Ruiz Pérez  
Elena Herráez Collado  
Emiliano de la Cruz García  
Estefanía Igartua Escobar  
Francisco José Padrón Hernández  
Germán Gabriel Gaido  
Gracia María Valiente López  
Graciela Sofía Teresa Czalbowski  
Idoia Zorrilla Larrainzar  
Ingrid Carolina Rodríguez Rojas  
Inmaculada Padilla Terrón  
Iñaki Lago Lestayo  
Ismael Simón Álvarez  
Itsaso Sián Jones Oneca  
Itzal Puchol Martínez  
Jorge Juan Rico Cuadrado  
José Antonio Portellano Pérez  
José Antonio Luengo Latorre  
Juan Fernando Ramón Sánchez  
Judith Ruiz-Olivares Gutiérrez  
Leticia Fernández Ardanaz  
Lorena López Sánchez  
M<sup>a</sup> Esther Gómez Rubio  
Mar López Fernández-Pacheco  
Margarita del Brezo Gómez Cubillo  
María Carbonell Martínez  
María Gabriela Lardiés Ara  
María Inmaculada Elvira Castro  
María Isabel Lamet Gil  
María Silvia Pérez González  
Marta Freire Úbeda  
Mercedes Gómez García.  
Montserrat Masot Oller  
Natalia Avellaneda Serrano  
Olaya Rodríguez Sánchez  
Paula López Rodríguez  
Raquel Santana Gómez  
Ricardo Villar Peña  
Robert Fernández García  
Socorro Jiménez González  
Soledad Dunaire Jolaskizar  
Teresa Muñoz Guillén  
Virginia Álava Diago  
Yolanda Rescalvo García

**DALE  
UN  
GIRO  
ATU  
VIDA**



**Colegio Oficial  
de la Psicología  
de Madrid**